

CARTAS SON CARTAS

Poco a poco, los carteros, como los médicos y otros servicios considerados ineludibles e inaplazables, van a ser tan puntuales para descansar como los albañiles, que fueron siempre los que iban con el toque del fraile y, a la primera campanada, tiraban lo que tenían entre manos para no entretenerse, es decir, para no robarle ni un segundo al descanso.

La correspondencia, la sagrada correspondencia, que solo dejaba de repartirse el viernes Santo, permanece ahora amontonada en las mesas de las administraciones todos los domingos y muchos días del año sin mucho precepto.

Para ello se empieza por cerrar el comercio, que es el que recibe más cartas de interés y los demás que se arreglen como puedan.

Con los enfermos se hace lo mismo, se empieza por almacenarlos para que no se oigan las quejas por la calle y el lunes será otro día.

¿Serán las máquinas las que tengan que cubrir esa necesidad? El juicio clínico lo formarán las computadoras y de acuerdo con él dirá el tratamiento que el paciente se aplicará por sí mismo metiendo el brazo en el lugar de las inyecciones.

El reparto de las cartas se mecanizará, como la recogida de basuras y se distribuirán a horas convenientes para el servicio, no para los receptionistas, como para la basura y sin alma, es decir, sin pensar si llega bien o si llega mal o el perjuicio que pueda causar. Si sale con barbas San Antón y si no...

Todo ello descansa en una base materialista y bárbara que ignora la delicadeza, el respeto mutuo, la caridad y la tranquilidad de cuerpo y de alma.

No sólo es importante la carta que comunica el plazo perentorio de un pago o la llegada de un producto que se alterará de no retirarlo. Hay muchos factores morales, de más importancia que las letras de cambio que se satisfacen o se neutralizan con la llegada de una carta que, retrasada, originará de seguro conflictos y sufrimientos que la puntualidad evitaría, pero la sociedad ésta que lleva trazas de perder las entrañas como la sociedad anónima, no parece que lo sienta.

El hombre, médico, cartero, sacerdote, se muestra muy ufano con los cambios y satisfecho del trabajo limitado y cronometrado, que implica precisamente su despersonalización, porque lo que le daba realce, acatamiento y admiración era ese sacrificio libremente aceptado y cumplido sin vacilación ni réplica, de estar dispuesto a todas horas y en cualquier día a tratar de remediar la necesidad del prójimo, porque si la oveja cayere al foso no dejarás de ampararla por ser domingo y primero es la obligación que la devoción y no digamos que muchísimo antes que la diversión.

Cualquiera que cumple un servicio por entre las multitudes ociosas se ennoblece, no se envilece y más o menos todos le rinden pleitesía, pues quiérase o no es una persona diferente que se mueve no solamente por